

# APRENDER HACIENDO



• Hola nuevamente! Nos da mucho gusto seguir contando con la participación de los cecehacheros en este suplemento, que es de ustedes y para ustedes. A lo largo de este semestre se han sumado más jóvenes escritores a este proyecto, prueba de ello son los textos que integran este número. Se trata de tres cuentos de alumnas de cuarto semestre que obtuvieron el primer lugar en un pequeño concurso organizado por su profesora Norma Aguilar Hernández, de la asignatura de TLRIID.

El concurso se realizó a partir de la lectura del cuento *En lo que dura una canción*, del escritor Eduardo Antonio Parra. Los alumnos eligieron una canción y crearon una historia en donde la canción tuviera un papel relevante.

La actividad surge por el interés de la profesora en fomentar en los jóvenes un acercamiento a la literatura. ¡Esperemos que les gusten!



GEMA XARENI SÁNCHEZ  
MARTÍNEZ, grupo 442

Mi nombre es Gema Xareni Sánchez Martínez, tengo 17 años, cursé el cuarto semestre y me gusta mucho leer y escribir. Este pequeño relato tiene como tema el amor, un sentimiento universal e inefable, que nos inspira, nos motiva y que la mayoría de los seres humanos han sentido alguna vez. El relato gira entorno a la canción de Manuel Medrano, titulada *Bajo el agua*, que tiene una letra profunda y hermosa. Espero que lo disfruten.

## Una noche, bajo el cielo estrellado

Por Gema Xareni Sánchez Martínez

Viendo las estrellas en una noche fría, sus brazos rodeaban con ternura mi cuerpo. Me sentí querida, tranquila, cuidada por él entre sus grandes y fuertes brazos; pude sentir el calor de hogar, ese que te llena de paz y te hace decidir quedarte allí para siempre. ¿Cómo podría dejarlo de amar? Si es que compartimos el mismo cielo, ¿cómo podría olvidarlo? Si la Luna siempre será la misma para él y para mí ¿cómo escapar del recuerdo de su mirada? ¡Si es que fueron esos ojos, sí, aquellos ojos los que me rescataron del olvido y la soledad.

Ese bello y emotivo momento estaba lleno de implacable amor: sentados bajo un árbol contemplando la oscura noche, escuchábamos tranquilamente aquella canción de Manuel Medrano, titulada *Bajo el agua*, mientras sonaba una estrofa que recuerdo perfectamente, como el poema *Te quiero* de Benetti,

que también me sé de memoria. La estrofa decía: “Quisiera estar contigo viendo las estrellas sobre el mar” y aunque no estábamos exactamente en el mar, estaba a su lado después de mucho tiempo ausente... Tanto tiempo sin ver su rostro lleno de luz y vida, y al fin estaba junto a él. Eso era lo más valioso, como la Luna y el Sol en pleno eclipse, amándose después de haberse extrañado infinitas veces.



continúa pág. 2 >>>



Mientras transcurría la canción, lentamente me recargué en su pecho; él me abrazó cada vez con más intensidad, por lo que pude escuchar latir su corazón. Indescriptiblemente, fue un momento en el que sólo existíamos los dos, un momento que podría describir con palabras que nunca existieron. Un instante único e incomparable, como un Sol radiante por la mañana, como un bellissimo cielo naranja en un atardecer de otoño. Simplemente, algo inefable...

Contemplándonos bajo la luz de la Luna y las estrellas, se inclinó hacia mí. Sentí un beso en la frente, muy tierno y dulce, mientras en el fondo se escuchaba la canción: “me diste fuerza en los días fríos, me diste ganas de extrañarte sin ningún motivo”. La canción estaba a punto de terminar; en ese momento voltee a ver su rostro, observé su mirada centrada en mí, esa mirada tan suya que podía no sólo verme, sino hacerme sentir como su galaxia, como su universo entero.

La noche se volvió más fría y sonaban los últimos versos de la canción; en ese instante nos miramos fijamente como cuando una cobra mira a su presa. Se acercó despacio y me susurró al oído: “te amo...” Mi piel sintió escalofríos.

En realidad no sé si era consecuencia de haber escuchado aquellas palabras o del frío que ya se sentía con más intensidad. Después de unos segundos, nos acercamos aún más y con lentitud nos dimos un beso. Lo que duró ese momento fue como la felicidad en un disparo; entonces, la canción terminó.



*Contemplándonos bajo la luz de la Luna y las estrellas, se inclinó hacia mí. Sentí un beso en la frente, muy tierno y dulce, mientras en el fondo se escuchaba la canción: “me diste fuerza en los días fríos, me diste ganas de extrañarte sin ningún motivo”...*



CELINE XANAT LÓPEZ  
 ORTIZ, grupo 465

Mi nombre es Celine Xanat López Ortiz y tengo 16 años viviendo de añoranzas. Lo más difícil de escribir es poder compartirlo, pero sin duda no hay mejor pluma que el corazón roto de alguien quien apenas y ha experimentado la vida, arraigada a los límites de la sociedad.

## Compass

Por Celine Xanat López Ortiz

Aquella primavera de hace un año fue simplemente inefable. Las jacarandas moviéndose al compás del viento, mientras observaba hipnotizadamente su sombra a través de la ventana de mi salón favorito en primavera. Salir de ahí era tan melancólico... A partir de esa hora muchos se irían de la escuela en dirección a lugares que yo estaría lejos de pisar, y no entrarían a las próximas clases.

“Tengo algo que confesar...”

Tras horas de exiliarme de la convivencia y me apresuré para restablecerme. Fue uno de los últimos recuerdos que aún se mantienen frescos: un salón compartido por dos grupos en un viernes, mientras miraba mi cuaderno para evitar la mirada del chico que anteriormente dejé plantado, por estar encerrada en el baño pensando en la presencia de la sombra que estaba delante de mí.

Sentí su aroma de inmediato; al parecer él estaba igual de incómodo que yo. No hablar por semanas aun cuando vamos en el mismo grupo y mirarnos únicamente para después distanciar nuestros ojos todavía más, era común, pero estando uno del otro -a centímetros- se alejaba mucho de la comodidad.

“...te mantendré conmigo”

—Oye, ¿Y con qué te peinas el cabello?

—Pues con...

continúa pág. 3 >>>



Anhelaba escuchar la respuesta de su voz... Imposible, mis oídos fueron abstraídos por mis pensamientos. Esas sonrisas efímeras estaban delante de él y me miraban con picardía de vez en cuando, para que me diera prisa respecto a lo que prometí hace unas horas.

Tocaré su cabello si entra a la siguiente clase. La presión la sentía, mi corazón estaba demasiado melancólico y mis manos palpitaban provocando estruendos en todo mi cuerpo.

“Como un imán, no puedo evitar sentirme atraída a ti”

Acaricié su cabello ligeramente ondulado; se entrelazaba fácilmente con mis pálidas manos a causa del frío que yo misma me transmitía. No me atreví a bajar la mirada; estaba magnetizada por el paisaje de su tacto con el mío.

Susurraba cosas que salieron, sin pensar, de mi voz; esperaba que nadie me hubiese escuchado, pero era inevitable. Era nuestro turno y la profesora nos miraba con vileza; solté el aroma de su ser girándome distante, esperando a que el saliera del salón.

“Como un imán, es difícil imaginar que algo cambie en nuestro camino”

¿Por qué se avergüenza señorita? Él se notaba a gusto. No tenía pena, sólo me dolía porque sabía que ésa sería la última vez en que los dos sentiríamos lo mismo. Por eso bajé la mirada, por eso aprecié con tanta melancolía esa ventana, esperando no verlo más durante el día.

Apareció, llegó marcando un inicio en la desolada despedida que aguardaba en nuestros corazones, desde semanas atrás.



**MAUREEN QUEVEDO  
 CABRERA, grupo 478**

Mi nombre es Maureen Quevedo Cabrera, tengo 16 años y me encuentro cursando el cuarto semestre. Desde pequeña he tenido un gran gusto por la lectura y, en ocasiones, me gusta escribir.

*La mirada de la muerte* surge a partir de mi vida diaria, mi trayecto y los riesgos que se corren en la actualidad en el transporte público, aunque también involucra el amor y la pérdida. La canción que elegí es de Passenger y se titula *Let her go*, es una canción bastante triste pero muy realista, porque solamente extrañamos las cosas cuando ya no las tenemos.

Por eso quise escribir algo triste y enfocarme en la persona que más quiero, quien siempre ha sido mi mayor motivación. Ojalá les guste.



## La mirada de la muerte

Por Maureen Quevedo Cabrera

**M**i alarma de las 8:15 estaba sonando. Odiaba las alarmas, hacía que despertara de mal humor; pero bueno, al menos despertaba. Al tiempo que abría los ojos y me quitaba el cabello de la cara, oía los pasos de mi madre subiendo las escaleras: *¡Ya son las 9:30! Me gritaba. Toda la vida exageraba la hora y eso me molestaba mucho. Me levanté, me dirigí a la puerta y con la voz aún ronca y haciendo uso de mis poderes súper sarcásticos, le dije: Buenos días mami, amanecí muy bien, gracias por preguntar y de un portazo cerré, justo detrás de mí, la puerta.*

No habían pasado ni cinco minutos desde que estaba despierta y esa mujer ya me había puesto de malas. Me volví a tirar en la cama y justo cuando mi cabeza tocó la almohada, recordé que al fin era viernes. Gracias a Dios. Con la escuela, el transporte y mi madre, la semana había sido una completa pesadilla. Mis ojos volvieron a iluminarse y pronto se formó una sonrisa en mi rostro. Iba a bañarme, arreglarme, comer y saldría de mi casa con el tiempo suficiente para no llegar tarde a la escuela. Culminaría bien la semana, estaba segura.

¡Chin! Había calculado un poquito mal el tiempo, pero si me apuraba a comer no habría problema. Llegué a la cocina y estaba tranquila, limpia, todo en orden, como debe estar una cocina. Excepto que cuando yo bajaba a comer, mi plato estaba servido, la estufa prendida, fruta picada y mi madre calentándome un kilo de tortillas o pensando en cuántos Tupper más llenaría de comida. Hoy no. Bien, no importaba, así no perdería tiempo comiendo.

continúa pág. 4 >>>

Tomé mi mochila, la botella de agua, una manzana y me dispuse a salir. Mamá gritó: ¡Dame cinco minutos, ya voy a calentarte! No puede ser, pensé. Está bien, ya es tarde, tengo que irme, llevo una manzana y di la vuelta. Te dije que me esperes, aunque sea come poquito, mira qué flaca estas. Ay no, de nuevo con mi peso; ése era su pretexto para hacerme comer y es que prefería que llegara tarde a la escuela, que con el estómago vacío.

Comí y ahora sí, ya me iba. Me dio un beso y su bendición. Te amo, con cuidado. ¿Llevas suéter? Llévate uno, va a hacer frío... No, no creo, llevo prisa. Ve por uno, rápido. Aparte de no dejarme salir sin comer, tampoco salía sin suéter. Diez minutos de retraso. Volví a despedirme. Te amo, con cuidado... repitió. Gracias, nos vemos. Nunca respondía a sus palabras de amor, era cursi.

El reloj marcaba las 11:55 de la mañana; debía correr si quería alcanzar el camión de las 12 pero era imposible, pues la mochila pesadísima por tanta comida y cargando el suéter lo hacía difícil. Ay mamá. 11:59 y ya podía ver el camión. Cruzar el boulevard era complicado, nadie cedía el paso. ¡Carajo! Ahí está el camión. Ni modo, se para o se para, pensé y me crucé sin avisar. El claxon retumbó en mis oídos; casi me atropellan, pero al menos ya estaba en el camión.

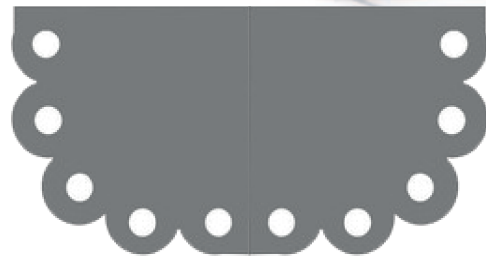
Conocía al chofer, era el más agradable de todos y me daba confianza. Miré los asientos, del lado izquierdo, donde no daba el sol, estaban todos ocupados, menos el de atrás. Ya qué, prefería eso a quemarme por el Sol en los semáforos. Quinto asiento de lado izquierdo, junto a la ventana. Ahí estaba yo. Decidí dormirme, como era costumbre, me puse los audífonos y me acomodé.

¡Ay, qué rico estaba durmiendo! Pero ¿por qué mi cabeza no está chocando en el vidrio? Nos detuvimos. Abrí los ojos para saber en dónde estábamos. Ah sí, aquí los semáforos duran una eternidad, pensé. Creo que el chofer pensó lo mismo porque se bajó a comprar una Coca-Cola. Lo seguí con la mirada, pero algo obstaculizaba mi vista o mejor dicho, alguien. Dos tipos jóvenes, mal vestidos y con unas bolsas de dulces, me veían fijamente, aunque con cierta malicia y complicidad.

Me asusté y evadí sus miradas. Me volví a poner los audífonos. Las puertas del camión se cerraron. Oí murmullos, exclamaciones de susto y gritos, así que me dispuse a mirar. Era el chofer que estaba afuera y los dos hombres que me sonreían antes, ahora se encontraban encerrados con nosotros en el camión.

Nos van a asaltar, me dije. Ya ni siquiera le vi caso guardar mi teléfono: ya lo habían visto, daba igual. Sacaron un arma y, al tiempo, los pasajeros sacaron sus pertenencias. Apuntaron y dispararon, por suerte sólo fue un cristal. Levanté la cara y entonces lo vi. No eran simples asaltantes, tenían la sangre fría y disfrutaban intimidar, amenazar y vernos sufrir. Se les notaba en los ojos. Estaban locos.

Un señor se levantó, él sólo quería darles todo e irse, pero a ellos no les importaba. Le gritaron y lo amenazaron. El pobre viejito sólo sollozaba y les suplicaba que lo dejaran ir. Se oyó el segundo disparo. ¡Al anciano ya no! Gritaron al unísono. La mujer detrás del señor, ahora muerto, lloraba. Reprimieron su llanto también. Y el de la señora de junto, y el de su acompañante. Uno, dos, tres disparos más. Cuatro pasajeros menos. Los dos tipos se reían maliciosamente y apuntaban aquí y allá,



a todos; algunos lloraban, otros gritaban. Yo estaba en shock. Oía pero no escuchaba, veía pero no observaba.

El hombre alto, con la mirada fría y vacía se quedó viéndome por unos segundos, confundido. Caminó hacia mí, lenta y despreocupadamente, apuntó directamente a mi cabeza y me hizo señas de quitarme los audífonos. No obedecí, estaba mi canción favorita, *Let her go*. Volvió a gritarme para que me los quitara. Parecía desesperado. Giré mi cabeza, ya no había Sol. Con razón tenía frío. Amenazó con jalar el gatillo. Pensé en mi mamá; nunca se equivocaba cuando se trataba del clima. Qué bueno que me hizo subir por un suéter. Pegó la pistola a mi cráneo, blasfemó algo. Recordé mi mañana: mi madre, a pesar de todo, siempre se preocupaba por mí. Era su prioridad y ella la mía. Me di cuenta un poco tarde.

*¡Ya dispárale, güey!* Escuché la descarga del cartucho y la canción que decía *Sólo la amas cuando la dejas ir...* Pensé en lo mucho que amaba a mi mamá y en cuánto iba a extrañarla. La bala atravesó mi cabeza.

